

be obrar sobre el espíritu de los enfermos; por otra parte, no todos son á propósito para desempeñar estas funciones tan útiles como difíciles.

M. Falret, en un opúsculo titulado *Visita á l'établissement des aliénés d'Ille-et-Vilaine*, ha puesto de relieve cuán ventajoso es agregar un eclesiástico al servicio de un establecimiento de enajenados.

Lo esencial, dice M. Falret, es que la elección del sacerdote sea hecha con discernimiento, y que sus relaciones con el médico estén basadas en una mutua estimación recíproca y benévola.

Si el sacerdote es ilustrado, prudente; si es de carácter apacible, comprenderá que es indispensable la unidad de acción para el mejoramiento de la suerte de los enajenados.

Las funciones del capellán serán determinadas por un reglamento.

I. Estará encargado del servicio de la capilla.

II. Oirá en confesión á los enajenados que el médico indique que están en situación de poder confesarse.

III. Deberá leer á los enajenados libros piadosos en los días que fijará el médico en jefe.

IV. Asistirá á los moribundos.

V. Velará por la moralidad y las buenas costumbres.

VI. Estará presente en las oraciones que se recen en las horas de la comida.

VII. Podrá encargarse de la enseñanza primaria.

VIII. Cuidará de la educación de los enajenados jóvenes.

IX. Visitará á los trabajadores.

CUARTA PARTE

SERVICIO DE LAS ESCUELAS Y DE LOS TALLERES

1. Para cada escuela es necesario un jefe, un maestro. Éste dirige las lecturas, los ejercicios gramaticales, los ejercicios musicales.

Aquí, en nuestros establecimientos, cada clase tiene su jefe, su maestro, que da cuenta de su gestión al médico agregado.

Las lecturas se practican todos los días á las siete de la tarde, por los enajenados en orden de lista y por los que son más capaces. El maestro debe estar presente; enseña á leer bien y explica, bajo la forma de lecciones, sobre las materias que son objeto de la lectura.

Deben escogerse libros en los cuales los relatos sorprendentes vayan unidos á los principios de moral.

2. Es necesario un jefe para la dirección general de todos los trabajadores, y sub-jefes ó capataces para cada categoría de trabajadores.

Se establecerán talleres para

carpintería,
ebanistería,
confección de vestidos,
cestería,
colchonería,
fabricación de esteras,
confección de alfombras.

Se clasificarán por categorías

los lavaderos,
desmotadores,
horticultores,
ayudantes de guardias, ayudantes de cocina,
albañiles,
empedrados,
pintores.

3. ¿Cómo organizar el trabajo en un hospital de enajenados?

Disponer al enfermo al trabajo, es mucho; pero encontrar los medios, los recursos, es más importante aún. Bajo este punto de vista, apenas se encuentran dificultades en las personas del sexo femenino, en las Flándes sobre todo, donde la fabricación de los encajes es un medio de existencia; así, en nuestras mujeres enajenadas se ha podido adelantar mucho en la organización de esta industria.

Se las emplea en la confección y en la reparación del vestuario, en blanquear las telas y en los trabajos de lencería. ¿Sucede lo mismo con los hombres? No, por cierto. Independientemente de la repugnancia que les inspira un trabajo que no les reporta más que un ligero beneficio, es difícil crear un género de ocupación que esté en

armonía con sus hábitos industriales y que pueda ocupar un gran número de brazos; por otra parte, los productos de su industria no encuentran fácil salida. Yo había creído poder conseguir que se confeccionaran esteras por nuestros enajenados; pero he debido renunciar á ello por temor de comprometer la suerte de los operarios de la ciudad. Algunos ejercen el oficio de cesteros; otros se ocupan en trabajos de carpintería; los hay que se dedican á la profesion de sastres, ó bien á la de zapateros; otros, en fin, ayudan á los empleados y se les coloca como sirvientes.

4. He dicho ya, y para mí no está en modo alguno probado, que el trabajo, tal y como á veces está organizado en los establecimientos, puede ser considerado como realmente útil, sobre todo cuando los enfermos no están suficientemente alimentados. En estos casos, el ejercicio á que se les obliga tiende á extenuarles y á dar origen á afecciones morbosas que degeneran en demencia y acarrear la muerte. En ciertos establecimientos, el trabajo viene á ser un objeto de especulacion por parte de la Direccion. Se hace trabajar en los campos á enajenados mal nutridos, pálidos y delgados; se les unce al arado, y estos desgraciados, tratados á menudo peor que los animales domésticos, son así expuestos en tan triste espectáculo por empresarios que no se guían más que por motivos de interes.

5. Es, sobre todo, difícil de reunir un personal suficiente de jefes y sub-jefes, de maestros y capataces, tanto más, cuanto que para ello se necesitan hombres celosos é inteligentes.

Los maestros se elegirán, de entre los empleados del establecimiento;

de entre antiguos enajenados curados;

de entre personas caritativas, bondadosas, residentes fuera del establecimiento.

El jefe de los trabajos debe poseer conocimientos burocráticos é industriales.

Los capataces serán escogidos entre los enajenados más inteligentes. Cada uno de ellos está encargado de la vigilancia de cierto número de trabajadores.

Aquí en Gante, entre una poblacion de 230 mujeres enajenadas, hay 174 que se dedican á un trabajo cualquiera; esto es, un 75 por 100. La cifra de nuestros enfermos empleados en la fabricacion de encajes puede ser valuada en un quinto de la poblacion total del establecimiento; en cuanto á nuestros hombres enajenados, la cifra

de los trabajadores es más reducida; no se eleva más que á un 50 por 100 (1).

En el establecimiento de Rouen, el término medio es de 0,40.

En Hanwell, es de 0,50.

En Wakefield, de 0,64.

En Belfort, de 0,73.

En La Retraite, de 0,73.

En Lancaster, de 80.

Estas últimas cifras las tomo del opúsculo del Dr. Schlemm, que ya he citado.

6. M. Thurnam, en sus *Observations sur la statistique des aliénés*, refiere que el producto del trabajo agrícola efectuado por los enajenados de todas las casas centrales reunidas de Inglaterra se elevó, en 1845, á 3.200 libras esterlinas, y ha dejado como utilidad líquida, despues de deducidos todos los gastos, un beneficio de 2.121 libras esterlinas.

Los diarios ingleses dieron hace algunos años la relacion de una venta efectuada en el establecimiento de Hanwell, de los objetos fabricados por los enajenados de este vasto establecimiento. Se había organizado un bazar, y la venta dió ocasion á una espléndida fiesta, á la cual asistieron las autoridades y lo más escogido del mundo elegante; una música militar contribuyó tambien á dar mayor esplendor á la solemnidad.

7. En la mayor parte de los establecimientos ingleses bien organizados se encuentran exposiciones permanentes de los objetos confeccionados por los enajenados.

(Pueden leerse dos artículos muy interesantes, insertos en los *Annales médico-psychologiques*, el uno de M. Parchappe, *De l'organisation du travail dans les principaux asiles de la grande Bretagne y dans l'asile du département de la Seine Inférieure*, y el otro de M. Bouchet, *Du travail appliqué aux aliénés. Asile Saint-Jacques, Loira Inferior*.

8. En la escuela de gramática, la clase es diaria, por la mañana ó despues de comer. El maestro es elegido dentro de los empleados.

9. En la escuela de música, la direccion está igualmente confia-

(1) Desde aquella época los enajenados han sido trasladados al nuevo Establecimiento, y la cifra de trabajadores ha aumentado. Hoy día es de 308 entre 478 enajenados, ó sea de un 64 á un 63 por 100.

da á un miembro del personal religioso. Tres ó cuatro veces por semana, y algunas veces todos los días, se dedican á los ejercicios musicales.

10. ¿Qué recompensa conviene conceder á los enajenados trabajadores? Esta cuestion merece ser examinada.

En muchos establecimientos, el trabajo no se les recompensa en modo alguno; en otros se paga á los enajenados por las obras que confeccionan y por la asistencia que prestan en el establecimiento.

Este beneficio puede consistir:

- en trajes vistosos,
- en una alimentacion mejor,
- en favores relativos á los días de paseo.

Tambien consiste á veces en una recompensa pecuniaria: ésta es la que más gusta á los enfermos.

11. En todos los procedimientos seguidos se encuentran obstáculos y dificultades.

Hacer trabajar á los enfermos sin recompensarlos es obrar con dureza, á sus ojos; es asimilarles á los prisioneros; es un medio de desalentarlos y humillarles.

Darles dinero, es hacerles exigentes, es poner á precio su cooperacion en los trabajos. Esto es tan cierto, que en muchos establecimientos donde los enajenados están asalariados se niegan á hacer el menor trabajo si ántes no tienen la seguridad de que se les pagará. Hay en ello un gran inconveniente, con efecto: el paciente no mira más que la ganancia; no quiere frecuentar las escuelas ni asistir á las lecturas; está continuamente preocupado con el beneficio que pueden reportarle los objetos que confeccionen; durante todo el día permanece sentado con el pecho inclinado sobre el encaje que elabora ó sobre los vestidos que confecciona.

Hay más: favoreciendo demasiado los recursos financieros de los trabajadores, se crean los establecimientos una aristocracia; el dinero ganado se emplea en gran parte en compras de vestidos y objetos de lujo. Esto es lo que importa evitar. Los trajes lujosos les hacen soberbios y orgullosos, les inclinan á la insubordinacion y hacen nacer en los enajenados la envidia, las querellas y las cuestiones.

12. El mejor medio es fundar una caja general para la remuneracion de los trabajadores, dándoles á ellos una parte, mientras que la otra será distribuida entre todos los enfermos del establecimiento.

Es necesario que, los que no pueden trabajar, no sean excluidos de los beneficios.

Una parte de la ganancia de los enfermos trabajadores será puesta en depósito y constituirá un peculio que recibirán á su salida del establecimiento. En caso de defuncion, este fondo quedará en la Caja general.

De esta manera, los goces y los trajes lujosos serán distribuidos á todos los sujetos del establecimiento.

13. Las horas de trabajo serán reglamentadas; los talleres estarán cerrados durante todo el tiempo que los enfermos asistan á la enseñanza religiosa, á las lecturas y á las escuelas.

Esta organizacion ha producido aquí los más felices resultados.

SERVICIO DE LOS VIGILANTES

1. Los vigilantes tienen funciones generales que llenar; dirigen el servicio de los guardas. Son en los establecimientos lo que los enfermeros en jefe; son en los hospitales lo que los enfermeros mayores son en los hospitales militares.

2. Los vigilantes están siempre presentes á las visitas de los médicos.

3. Informan á los jefes de todas las faltas y necesidades del servicio.

4. Hacen las rondas ántes que los jefes, y son relativamente estos últimos su poder ejecutivo.

5. Los vigilantes serán escogidos entre los guardas más ilustrados y recomendables.

SIRVIENTES

1. Entre los sirvientes están comprendidos los guardas propiamente dichos y los ayudantes de guardas. En Francia hay vigilantes, enfermeros y guardas. En el fondo, esta division jerárquica es la misma que la nuestra. No existe más que una diferencia en la designacion.

2. En los establecimientos perfectamente organizados, los deberes que incumben á los guardas y á los vigilantes son precisados por un reglamento. El que está aquí en vigor contiene una estipula-

ción que conduce á los mejores resultados. Cada vigilante, cada guarda que ejerza una función especial, está provisto de una libreta, en la cual inscribe las prescripciones del director. El jefe que está encargado del servicio de los baños tiene un pequeño registro en el cual señala á los enfermos que toman baños, indica la temperatura que debe tener el agua del baño, y da cuenta de su administración. Los vigilantes anotan también todo lo que concierne á su servicio; los jefes de la enfermería, de la cocina, de la ropería, y los jefes de las escuelas, hacen lo mismo. Cada día se presentan estas libretas al médico en jefe.

No me es posible ponderaros bastante cuánto contribuye esta práctica á hacer que reine un orden perfecto en el servicio.

3. No es posible imaginarse cuántas dificultades se encuentran en los establecimientos para procurarse buenos guardas. Está generalmente reconocido que los jefes pueden vigilar ménos fácilmente el personal de los sirvientes que los enfermos mismos.

Y es que el sirviente debe estar dotado de excelentes cualidades para llenar convenientemente el puesto á que se le destina.

Se exige que éste sea:

moral y prudente,
cariñoso y amable,
inteligente y buen observador,
sobrio y arreglado,
inclinado á cumplir con su deber,
amigo del orden y del aseo,
y que tenga iniciativa.

4. Cualesquiera que sean el traje que vista, la lengua que hable y la religión que profese, tiene condiciones que imprimen á su carácter, á su conducta y á sus tendencias un sello especial que siempre le distingue.

Estas condiciones son:

ser ciudadano ó campesino,
haber ó no recibido educación,
ser de un natural cariñoso,
compasivo, ó tener un carácter frío áspero.

No hay nada más malo que los llamados hombres-máquinas, seres que van hácia donde se les impulsa y que continúan marchando hasta que se les detiene.

Otro tanto diré de los ayudantes de guardas, los cuales se esco-

gen, en general, entre los convalecientes ó entre los mismos enfermos.

5. En los establecimientos explotados á destajo hay frecuentemente una tendencia á hacer economías en el personal de los guardas. Así, en vez de un sirviente para 10 enajenados, no hay más que uno para 50. Se encarga á los epilépticos y á los convalecientes de los trabajos más rudos, á menudo en perjuicio de su salud física y moral. Esto sucede, sobre todo, cuando la Administración no tiene cuidado de estipular las condiciones relativas al personal de los guardas. Este inconveniente desaparece desde el momento en que dicha Administración se encarga de pagar á los sirvientes, y desde que el establecimiento está bien administrado.

En estos últimos casos debe esperarse encontrar un personal numeroso, pero frecuentemente también un abandono en los gastos, ruinoso á veces para las administraciones.

6. Como quiera que sea, importa tener sirvientes en suficiente número; sin esto, los enfermos están abandonados á sí mismos, y los cuidados de aseo dejan mucho qué desear. La distribución de la comida se hace irregularmente; se olvida alimentar á los que rehusan comer; se descuida el dar los medicamentos prescritos. No hay orden ni decencia, y, lo que es más deplorable, hay una falta absoluta de moralización.

7. Yo estimo necesario para un establecimiento de 300 enajenados un personal de 30 guardas, exclusivamente encargados de cuidar á los enfermos y de moralizarles, sin contar los vigilantes, las vigilantes, los maestros y las maestras, etc., etc.

El reglamento interior de las casas de enajenados de Gante establece que la cifra colectiva de todos los empleados debe calcularse á razón de un empleado por nueve enajenados.

En Illenan, según refiere M. Falret, la vigilancia es ejercida en 212 hombres por 37 guardianes, y en 174 mujeres por 30 guardianas.

8. Pocas personas quieren resignarse á vivir en medio de una población de enajenados si pueden crearse de una ó de otra manera medios de existencia, á ménos que les guíe para ello un motivo especial.

CORPORACIONES RELIGIOSAS

1. Todos los esfuerzos administrativos son absolutamente estériles si no se cuenta con guardas inteligentes. El guarda es el que está constantemente en relación con el enajenado, es el que mejor puede observarle y dirigirle. Es el bienhechor inmediato del enfermo. Los sujetos curados saben decir muy bien cuáles son los buenos y malos servidores que han estado encargados de cuidarles. Hablan en los términos más satisfactorios del sirviente que les consolaba en su desesperación, del que les prodigaba saludables consejos durante su extravío, que les preservaba del frío que iba por la noche á visitarles, que les llevaba alguna bebida calmante, que era, en fin, para ellos, un ángel, una Providencia.

Los enfermos apenas quieren á los sirvientes que les tratan con insolencia, con altivez, que no son expansivos con ellos y que están prontos á recurrir á medidas de rigor.

Bajo este punto de vista, las congregaciones religiosas que se consagran al servicio de los enfermos pueden prestar muy grandes servicios.

Sin embargo, respecto á este punto hay una divergencia de opiniones que no se sospecharía en el primer momento.

Yo he visitado muchos países, he penetrado en muchos establecimientos; en los unos me han hecho los mayores elogios de los cuidados prestados por los hermanos hospitalarios; en los otros no se han pronunciado contra ellos más que quejas y recriminaciones.

Hasta hay algunos escritores que han tratado esta cuestión del servicio interior de los establecimientos de enajenados, y, preciso es decirlo, son pocos los que han demostrado simpatías por estas instituciones.

3. En Bélgica, la opinión pública es generalmente favorable á las corporaciones religiosas que se consagran al cuidado de los enfermos. Las Administraciones están profundamente convencidas de los grandes servicios que prestan estas asociaciones hospitalarias.

Nuestros hospitales civiles, y algunos hospitales militares, nuestros hospicios, y, salvo algunas excepciones, todos nuestros establecimientos de enajenados, están servidos por estas corporaciones.

Se las ha introducido en nuestras prisiones, y las relaciones oficiales prueban que sólo hay motivos para congratularse de esta medida.

En las familias, los cuidados que se prodigan á los enfermos lo son generalmente por hermanas ó hermanos pertenecientes á las Ordenes hospitalarias.

Hé ahí hechos dignos de atención.

Hasta en los países protestantes se ha comprobado la utilidad de estas congregaciones. Desde hace poco se han organizado instituciones religiosas protestantes, cuya regla está calcada en gran parte sobre la de las corporaciones católicas. Mujeres solteras piadosas se reúnen en comunidad y se someten á un orden disciplinario, teniendo por objeto el servicio de los pobres, de los huérfanos y de los presos. Se les ha dado el nombre de diaconenses.

(Meier, *Neue Kranken Austall in Breme*, suministra algunos datos sobre estas congregaciones. — Éstas se encuentran ya establecidas en diferentes hospitales, en los hospicios de huérfanos, en los talleres de caridad, ya sea en Londres, ya en Berlin, Dresde, Pliss, Francfort, Worms.)

4. ¿De dónde procede, pues, esa diferencia de apreciación de un hecho que está bajo el juicio de todo el mundo?

¿Es preciso decirlo? Es la opinión médica la que más generalmente aparece en oposición.

Es lo cierto que algunas veces se ha acusado á los médicos de no decir toda la verdad y de estar cohibidos por consideraciones de interés personal. Yo estoy íntimamente convencido de que no me haréis la injuria de creer que, en la cuestión de que trato, pueda sacrificar la independencia de mis opiniones á motivos que mi lengua se niega á pronunciar.

Ante todo, en el exámen de la cuestión que nos ocupa, hay que tener en consideración las costumbres y creencias religiosas de los pueblos.

Antes de decidirse, es necesario haber estudiado la conciencia de un país. No debe considerarse la cuestión bajo el punto de vista del protestante fanático, en quien el aspecto del claustro y el hábito del monje determinan siempre una impresión repulsiva. Es preciso, sobre todo, examinar la cuestión bajo el punto de vista de los países católicos.

Yo ya sé que se ha hablado frecuentemente del proselitismo re-